

La banda de don Casimiro

A una señal de don Casimiro la banda empezó a tocar. La melodía de la trompeta era seguida por la batería y la guitarra. Los transeúntes de aquella transitada calle veían de reojo a tan peculiar grupo. Mariquita, de ocho años de edad, era la encargada de llevar el ritmo con unos viejos y destemplados tambores. Ramiro, de 10 años, rasgaba una guitarra con apenas cuatro cuerdas afinadas a la fuerza. Don Casimiro, además de tocar la trompeta, dirigía al grupo, hacía los arreglos musicales y recogía el dinero del sombrero que colocaba en el suelo para que la gente diera “lo que fuera su voluntad”. El mercado principal de la ciudad estaba a dos cuadras de donde aquella banda acostumbraba acomodarse todos los días de doce a dos de la tarde. Empezaba a tocar justo cuando de la iglesia se escuchaba la doceava campanada del mediodía.

En esa ocasión la trompeta de don Casimiro se oía más triste que de costumbre. Nadie sabía que en un día como ese había enterrado a doña Mary, su esposa, y que desde entonces él se hacía cargo de Ramiro y Mariquita. No es que no hubiera estado antes al cuidado de ellos. En realidad, desde aquel fatídico día en que quedó imposibilitado para trabajar, cuidaba de los niños durante el tiempo que su mujer trabajaba como empleada doméstica en una casa de la ciudad.

En aquellos años, mientras vigilaba a la niña y al niño, Don Casimiro aprendió a tocar una vieja trompeta que guardaba como recuerdo de su abuelo. En poco tiempo logró aprender unas cuantas melodías. No se imaginaba que años más tarde aquella afición sería su única fuente de ingresos.

Antes de quedar imposibilitado para trabajar, don Casimiro viajaba todos los días a la ciudad en donde era obrero en una fábrica de veladoras. Todas las semanas compraba una de aquellas velitas que él mismo hacía, para dársela a doña Mary quien la depositaba en el altar de la iglesia después de la misa del domingo. “*A ver si el Santo Patrón nos hace el milagrito de sacarnos de tanta pobreza,*” decía don Casimiro.

El accidente que marcó el destino de éste hombre ocurrió un viernes. Había salido contento de la fábrica con su veladora bajo el brazo. Como siempre, tomó el viejo autobús que lo llevaría de regreso al pueblo. Más de treinta personas apretujadas apenas conseguían equilibrarse en aquel vaivén. Don Casimiro podría haber esperado la salida del próximo camión e ir más cómodo, pero sabía que Ramiro estaría al lado de su madre divisando el camino para ver, tras la polvareda, su llegada. “*¡Ya viene mi pa!*” acostumbraba decir el niño retorciéndose de alegría.

Sin embargo, ese viernes lo que vio fue un flamazo que abruptamente alumbró el camino como si estuviera amaneciendo. Doña Mary echó a correr hacia el camino. Otros también salieron apresurados. Cuando llegaron al camión, el horror hizo presa de todos. La explosión había lanzado a los pasajeros por todos lados.

Doña Mary buscó desesperada a su marido distinguiéndolo entre unos arbustos. Estaba inconsciente y bañado en sangre. Como pudo trató de auxiliarlo vendándolo con una tira de tela arrancada de su falda. Escuchaba los lamentos del resto de los pasajeros y los gritos desesperados de sus familiares. Llegaron las ambulancias y transportaron a don Casimiro al hospital general de la ciudad donde, tras horas de operación, logró sobrevivir, pero le amputaron las piernas.

Su convalecencia fue penosa, pero Doña Mary decía que cuando menos había sobrevivido. Poco después, fue a la ciudad a reclamar una indemnización a la compañía de autobuses. La respuesta que recibió fue que, según las averiguaciones, el responsable de la explosión era el chofer pues había metido en la cajuela del camión los cohetes que uno de los pasajeros llevaba para la fiesta de un pueblo de la región. Por tal razón, le dijeron, la empresa no era responsable de lo sucedido. Que en todo caso el culpable era el conductor, pero como nadie sabía su paradero, nada se podía hacer. Le recomendaron que mejor le diera gracias a Dios que su marido había logrado sobrevivir y que pidiera ayuda en la fábrica de veladoras. Sin embargo, ahí el gerente no quiso recibirla.

Desde entonces, doña Mary trabajó como empleada doméstica en una de las casas de la ciudad, donde apenas sacaba para que la familia tuviera que comer. Mientras tanto don Casimiro cuidaba de los niños entre soplido y soplido de trompeta. En ese tiempo enseñó a Ramiro algunos acordes de guitarra y a Mariquita ritmos en un viejo tambor.

Doña Mary murió de una rara enfermedad que la fue secando rápidamente como una plantita. Don Casimiro y sus hijos vivieron algún tiempo de la caridad de los vecinos. Sin embargo, un día construyó un carrito con cuatro ruedas, se amarró un par de hules en los nudillos de las manos para impulsarse contra el piso y, como pudo, fue con sus dos hijos a tomar el autobús para ir a la ciudad a tocar en una de las esquinas más concurridas de la ciudad.

Así estaba don Casimiro ese día interpretando con tristeza una de sus melodías. Recordaba a su esposa y el horror de aquel viernes. La gente iba y venía mirando con extrañeza la banda y escuchando los lamentos de aquella trompeta. La iglesia apenas había dado la doceava campanada del mediodía.

Jaime Cardoso

Crítica

En los microcuentos “La banda de don Casimiro” y “Una imagen azulosa”, podemos apreciar un discurso socialmente comprometido, que tiene como preocupación las vidas de personajes pobres - como los transmigrantes ilegales y los mendigos. En estos microcuentos se busca contar las historias personales de personajes que de otra manera podrían ser invisibles

en nuestras vidas - ignorados por las clases sociales pudientes aún siendo parte tan íntegra de sus comunidades.

En “Una imagen azuloza” comenzamos *en media res*. Los personajes, dos transmigrantes ilegales, están siendo asaltados en el medio de su viaje por el desierto. El microcuento forma parte de un creciente corpus de arte que trata la violencia de la inmigración ilegal. Me refiero al disco “Feast of Wire” (2003) del grupo de rock Calexico; el libro *The Devil’s Highway: A True Story* de Luis Alberto Urrea (2005); y la exhibición de arte llamado Bajo la Frontera/Under the Border de Paco Velez (2007) instalado en el Museo de Arte Contemporáneo de Tucson (MOCA), por mencionar algunos.

“La banda de don Casimiro” nos recuerda que todos tienen un cuento que contar, que todos merecen un poquito de compasión y que uno nunca sabe por lo que ha vivido la persona a su lado. La mísera banda musical de Don Casimiro trata no sólo de míseros mendigos callejeros, sino de una familia alborotada por una tras otra tragedia familiar.

Con una temática de compromiso social tan necesario para nuestro mundo, esperamos que este autor se anime a transformar sus microcuentos desde las semillas artísticas que son a plenos cuentos (o quizás novelas) brotando en su gloria máxima literaria.

Eva Romero

